

18 febrero: LOS CLAVOS

Esta es la historia de un chaval que tenía muy mal carácter. Un día su padre, después de haberlo intentado todo, le dio una bolsa de clavos y le dijo que cada vez que perdiera la paciencia, debería clavar un clavo detrás de la puerta.

El primer día el muchacho clavó 37 clavos detrás de la puerta. Poco a poco las semanas fueron pasando y, a medida que él aprendía a controlar su genio, clavaba cada vez menos clavos detrás de la puerta.

Finalmente descubrió que era más fácil controlar su genio que clavar clavos todos los días detrás de la puerta. Así llegó el día en que pudo controlar su carácter durante todo el día.



Después de informar a su padre, éste le sugirió que retirara un clavo cada día que lograra controlar su carácter. Los días fueron pasando y, finalmente, el joven pudo anunciar a su padre que no quedaban más clavos por retirar de la puerta.

Su padre le invitó a ir con él hacia la puerta y, una vez allí, le dijo: “Has trabajado mucho, hijo mío, pero mira todos esos agujeros que hay en la puerta. Nunca más volverá a ser la misma. Lo que ha pasado con la puerta es lo que también pasa en la vida. Cada vez que pierdes tú la paciencia, dejas cicatrices en los demás”.

Reflexión:

Podemos insultar a alguien y, después, cuando nos hemos calmado, retirar lo dicho. Eso es mucho mejor que no pedir perdón, pero... el mal que hayamos hecho en la otra persona habrá dejado ya una cicatriz. Una ofensa verbal puede ser tan dañina como una ofensa física.

Hoy tengamos un recuerdo y una oración por los que mueren a causa de la violencia en el mundo.